

Discurso de Nicolás Guillén al recibir el Premio STALIN de La Paz

(En Rep. Amer.)

El 21 de diciembre, 1954, en la Sala de las Columnas, en Moscú, tuvo efecto la ceremonia de entrega del Premio Stalin de la paz al poeta cubano Nicolás Guillén, quien pronunció en dicha ocasión el siguiente discurso.

Señor Académico Skobeizin, Presidente del Comité de los Premios Stalin, amigas y amigos míos:

Recibir el Premio Stalin por la paz es siempre un grande honor, que no sólo obliga nuestra gratitud, sino que compromete nuestra responsabilidad. Hablo de gratitud, porque este galardón es de los que honran de por vida; y de responsabilidad, porque él nos fuerza a justificar sin tregua la señalada distinción de merecerlo.

Están muy lejos ya los años en que el poeta podía tenerse a sí mismo como un ser aparte, por encima del mundo, encerrado en su torre ideal y orgullosa de

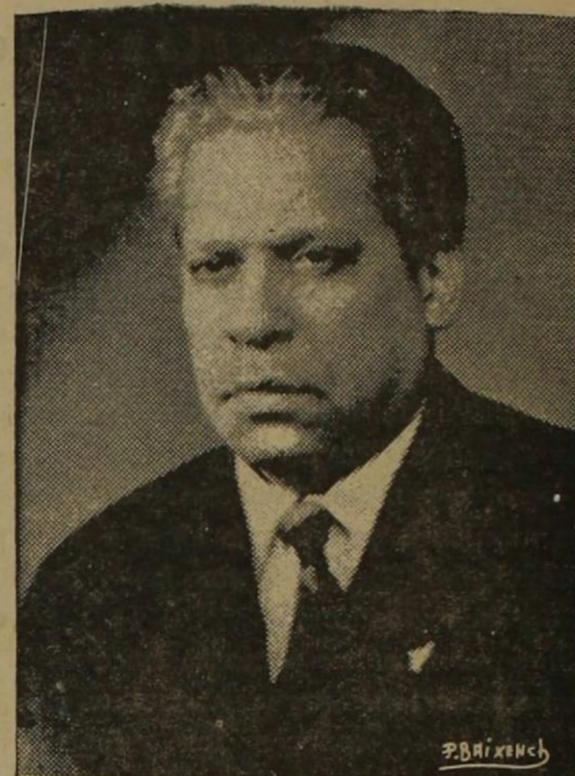
sus harapos, pero halagando por un mendrugo la oreja de su señor. Porque si quedan todavía poetas así, son cínicos fuera de nuestra época, ruinas morales interesantes apenas para arqueólogos especialistas en la excavación humana.

Nos ha tocado vivir años duros, como los de todo tiempo en que la vida va a cambiar. Años críticos, no de gestación, sino de parto; años redondos y tensos, como vientres grávidos. En medio de la calle, rodeado por el pueblo, cantando a toda voz la canción de la vida, el poeta es un prójimo, un próximo, un hombre que habla y ayuda al hombre que está a su lado. ¿La torre de marfil? Ya dije alguna vez que no hay torre de marfil que pueda resistir un cañonazo.

Yo he visto la guerra. Vi la guerra en que murió mi padre, hombre civil, muerto por soldados; hombre de blanca cabeza y ojos dulces y habla reposada, con la camisa lírica llena de sangre. Vi la guerra española, la guerra que me enseñó todo el futuro, abriendo de un poderoso desgarrón el duro velo que lo cubría. Vi la guerra en Guatemala; una guerra pequeña, traidora, movida por sucesos comerciantes en plátanos y lágrimas. Y piso ahora el suelo sagrado que hirió la guerra enorme, hambrienta, de triturante dentadura, la guerra que hizo del pueblo soviético un héroe múltiple, en pie sobre la historia.

No quiero ver más guerras.

Por eso lleno mi verso de paz. Pero no



Nicolás Guillén
1949

*

la paz egoísta, que se encierra en sí misma, o se evade y busca un camino apartado en el bosque, sino la paz activa y vigilante, que grita su voluntad de brillar a los ojos de todo el mundo.

Norteamérica no ha visto guerra. Washington envió hombres a la gran hoguera encendida por Hitler, pero no sintió su propia tierra penetrada por hombres enemigos. No hay un solo rascacielos que haya sufrido un arañazo de revólver, ni una sola escuela destruida por las bombas, ni un solo hospital incendiado por el napalm, ni una sola ciudad barrida metódicamente por la dinamita, como Varsovia, o defendida durante largos días de hambre y plomo, como Stalingrado.

(Pase a la página de enfrente)



Roberto F. Giusti
1948

*

Martínez, 10 de mayo 1955

Querido y admirado Don Joaquín: Los amigos y admiradores de Giusti le rogamos la transcripción en las páginas del Repertorio, de estas líneas de La Nación, con la indicación de que la suscripción al volumen, para el exterior, se ha fijado en la suma de dos dólares. Muy agradecidos de antemano.

Mis saludos muy afectuosos.

Francisco ROMEPO

Homenaje a Roberto F. Giusti

En los primeros años de este siglo, exactamente en 1905, se inició en la crítica literaria un joven escritor argentino que iba a cumplir una labor sobresaliente, Roberto F. Giusti. La llevó a cabo desde la cátedra y el libro y, muy particularmente desde las páginas de la revista "Nosotros", que fundó en 1907 con Alfredo Bianchi. Esta revista de cultura general fué, en sus dos épocas, una de las expresiones más altas y duraderas de la vida intelectual argentina, y Giusti ejerció en su país durante todo este medio siglo un auténtico magisterio literario.

El significativo aniversario encuentra al doctor Giusti en la plenitud de su vida y de su obra, y un núcleo de amigos, admiradores y discípulos ha resuelto festejarlo. El homenaje consistirá en la edición de un libro que ha de contener una selección de sus mejores páginas. El volumen no será puesto a la venta, sino que estará destinado exclusivamente a los suscriptores —que deberán abonar la suma de cuarenta pesos argentinos—. Las suscripciones se reciben en la sede de la Sociedad Argentina de Escritores, México 524, Buenos Aires.

(La Nación, Buenos Aires, 28 de abril 1955)